

DE LA DESCONFIANZA, A LA GUERRA

La primera gran hipótesis de la filosofía política moderna la formuló Thomas Hobbes en la Inglaterra del siglo XVII, época de profundas divisiones y guerras civiles. Con dicha hipótesis quería explicar entre otras cosas la razón por la cual las personas se someten al poder del estado y conviven en sociedad. Hobbes partió de la idea de que en un principio los hombres eran libres e iguales y tenían derecho a todo en una situación que llamó estado de naturaleza. No obstante, esta situación aparentemente idílica no podría durar mucho tiempo, pues los hombres siempre coinciden en desear las mismas cosas y esto los lleva a desconfiar los unos de los otros. Pero la mayor dificultad es que la desconfianza no permanece como mera actitud psicológica, sino que conduce a la mutua amenaza y acciones violentas. De este modo se desata una guerra de todos contra todos a cuyo fin sólo se puede llegar a través de alguna forma de pacto que acabe con los grandes sufrimientos que acarrea.

Baste lo de Hobbes sólo para destacar que la desconfianza es una de las constantes en los discursos de los opositores al fin de la guerra en Colombia con los acuerdos de la Habana. Pues el trasfondo de los argumentos sobre la base de los horrores de la guerra, no siempre sufridos por quienes los pregonan, es sin duda la desconfianza sustentada en el miedo ante la posibilidad de que semejantes individuos lleguen a disputar un día el ejercicio de la política. Claro está que el argumento de la desconfianza no sólo echa mano del miedo, sino que éste a su vez se sustenta en suposiciones, desinformación, falacias y otras figuras retóricas que tienen efectos momentáneos bien explotados por los medios de comunicación. Esta retórica se acomoda al ritmo de las circunstancias simplemente cambiando los motivos para reiterar la misma posición.

Pero mientras en la explicación de Hobbes es precisamente el miedo el que conduce a un pacto de sujeción al tenebroso Leviatán que es el Estado garantizador de la paz, en el caso colombiano este discurso parece conducir a perpetuar la ausencia de Estado propiciadora de la guerra. Pues lo que ha existido no ha sido otra cosa que esta ausencia, que es al mismo tiempo la presencia de la contradictoria forma de Estado que ha convivido con la guerra durante doscientos años, y no la de un Estado que elimine la guerra con la inclusión de todos los miembros de la sociedad en la vida política.

Tal forma de Estado que propone la retórica del No es pues la expresión de un híbrido entre el miedo, la desconfianza y el estado de guerra permanente, claro indicador éste último de un Estado débil. De este modo no puede cumplir con el primordial encargo de los ciudadanos de imponer la paz, ni tampoco de resolver la causa que ha llevado a su designación cual es la inseguridad generadora del miedo. No obstante, se clama por un Estado fuerte en el sentido de autoritario que sólo puede legitimar su existencia con el ejercicio de la fuerza bruta convertida en violencia de estado.

Explicar esta representación contradictoria de algunos ciudadanos únicamente puede hacerse por la presencia, como rasgo de nuestra idiosincrasia, de una cierta forma de actitud tan psicológica como el miedo mismo, incubada a través de varios siglos de historia colonial y republicana. Se trata de la disposición indeclinable y permanente a resolver de manera beligerante y violenta cualquier tipo de

diferencias, sobre todo aquellas planteadas por quienes no logran participar de alguna cuota de poder. Nuestra historia nos enseña que a éstos se les conduce a la marginación o al exterminio y, en caso de no lograrse esto último, se les mantiene bajo la desconfianza que señaló Thomas Hobbes como el origen de la guerra de todos contra todos.

Si somos consecuentes con esta condición de desconfianza beligerante, innegablemente presente en nuestra cultura política y nuestra vida cotidiana, debemos admitir que son precisamente estas actitudes causantes de la guerra lo que nos debe obligar a la búsqueda de la paz. Esta obligación nace en el hecho de que no es racional el mantenimiento indefinido del dolor y del atraso que produce la guerra, a no ser que se pueda sospechar de otros motivos ocultos tras la retórica del No que los ciudadanos no alcanzan a descifrar, o quizás a que esta retórica responde al goce al que ella misma nos ha habituado a costa del dolor y la miseria propia y ajena.

La terminación de la guerra significa pues el fortalecimiento del Estado que no puede seguir siendo un aparato autoritario pero al mismo tiempo débil, cuya función primordial es el mantenimiento por la fuerza del orden público. Dicho Estado, como la misma historia reciente en Colombia lo ha demostrado, no sólo no ha logrado imponer la paz, sino que parece ser la garantía para mantener vivo el conflicto. El fracaso en la teoría y en la práctica de esta concepción de lo que debe ser la sociedad, nace en el supuesto de que todas las personas tienen la disposición y el deseo de resolver violentamente sus diferencias. Con tal concepción sólo se intenta justificar la actitud beligerante como rasgo de nuestra cultura política, que se alimenta del miedo y de promover la desconfianza entre los ciudadanos para mantener los intereses ocultos de la guerra.

Si bien es cierto que la paz no consiste en el cese de los combates sino en el cambio de la actitud proclive a batallar que sólo con el tiempo se logra, también lo es que un acuerdo para finalizar hostilidades es el comienzo del proceso que se tiene que dar necesariamente en el tiempo como inicio del camino hacia ella. De allí que si este acuerdo no es la realización definitiva de la paz, tampoco es cierto que no sea parte fundamental, y por lo tanto su negación sería sencillamente la afirmación de la voluntad de guerra de nuestra sociedad.